

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

Catedral, 2 de febrero de 2019

Cuarenta días después de la Navidad, nos reunimos para celebrar la fiesta de la presentación de Jesús en el templo. Recordamos el momento en que José y María “llevaron a Jesús a Jerusalén para ser presentado al Señor”. La tradición de la Iglesia de Oriente llama a esta fiesta “la fiesta del encuentro”, porque con su entrada al templo, Jesús se encuentra con su pueblo de Israel.

Desde el año 1997, también se celebra en este día la Jornada de la Vida Consagrada, que tiene su origen en un particular encuentro de Jesús con la persona. Esta Jornada ayuda a toda la Iglesia a advertir el valor que tiene la vida consagrada y os anima a vosotros consagrados a renovar su compromiso y su deseo de entrega al Señor, viviendo los consejos evangélicos.

1.- Encuentro con su pueblo

Israel esperaba el día en que el Mesías entraría triunfante en el Templo de Jerusalén y lo renovarían. El profeta Malaquías en la primera lectura se hacía eco de esta esperanza: “entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza que vosotros deseáis”. Este profeta describe con tonos épicos la llegada del Mesías, pensando que será grandiosa y espectacular.

Contrasta con esta expectativa la sencillez de la entrada del Mesías Jesús en el Templo. Un joven matrimonio de Nazaret lo acompaña, cumpliendo con las costumbres de su pueblo. Ofrecen al Señor una par de tórtolas o unos pichones, porque son gente sencilla, que no puede permitirse ofrendas más costosas. Y, sin embargo, en esa pobreza y humildad, es Dios mismo quien está visitando a su pueblo. Ese Niño es el signo más grande de que Dios no se olvida del hombre. Él es el Salvador de todos los pueblos.

Sólo hay dos personas que advierten la presencia del Mesías. Representan lo mejor de Israel, a todas aquellas personas que nunca perdieron la esperanza y que “aguardaban la liberación de Israel”. Son dos ancianos, llenos de sabiduría. El viejo Simeón esperaba con ansia ese momento y lo canta agradecido. De Ana dice San Lucas que “no se apartaba del templo día y noche”, aguardando el encuentro con el Mesías. De los labios de estos ancianos brotan cantos de alabanza a Dios. Sus ojos han descubierto la verdad encerrada en aquel Niño. Él es la “luz para alumbrar a las naciones” y la “gloria de tu pueblo, Israel”. Por ello, Ana –dice el Evangelista– daba gracias a Dios y hablaba a todos de aquel Niño.

2.- Encuentro con nosotros

El mismo Jesús que fue llevado al Templo de Jerusalén viene también a nuestro encuentro. Es bueno recordar como personas consagradas el primer momento, el encuentro y la llamada de la que nació el camino de la consagración. Pero ese encuentro tiene que ser actualizado. “La vida consagrada nace y renace del encuentro con Jesús tal como es: pobre, casto y obediente” (Papa Francisco, 2-2-18). Es respuesta a una iniciativa extraordinaria de Dios, que es quien nos

llama a seguir a Jesús en el camino de la pobreza, descubriendo que todos los bienes de este mundo son pasajeros y que sólo Él permanece; en el camino de la castidad, liberando nuestros afectos de todo deseo de poseer a los demás; y en el camino de la obediencia humilde, que nos da la libertad. Frente al vacío con el que deja el mundo con sus afanes, nosotros experimentamos el gozo y la plenitud que da Cristo, como lo experimentaron los ancianos Simeón y Ana.

El Evangelio que hemos escuchado nos hace entender también que el encuentro con Jesús se produce normalmente en lo cotidiano, en la sencillez de una familia pobre que entra en el templo cumpliendo la ley. El encuentro con Jesús acontece en medio de los afanes de cada día: en la oración callada, en el servicio desinteresado al prójimo, en el amor a todos, en la lectura de la Escritura... a través de todas estas acciones sencillas, Jesús entra en nuestra vida, viene a nuestro encuentro.

Para acogerlo necesitamos estar atentos. Había muchas personas en el templo de Jerusalén. Muchos sacerdotes, sabios y escribas paseaban por el Templo. Pero sólo cuatro personas sencillas y orantes saben lo que está sucediendo. Sólo María, José, Simeón y Ana, tienen su corazón en vela y son capaces de reconocer la llegada del Salvador.

Hemos de dejar que Cristo sea el centro de nuestra vida, de nuestros pensamientos y de nuestros deseos. Hemos de estar muy atentos, no sea que los proyectos, estructuras y organizaciones nos impidan el encuentro sincero con Jesucristo. Dice el Papa en el libro "La fuerza de la vocación": "La presencia de Jesús lo es todo. Ahí está la fuerza de la vida consagrada. Una vida consagrada donde Jesús no está presente con su palabra en el Evangelio, con su inspiración... no funciona. Sin la pasión enamorada por Jesús, no hay futuro posible para la vida consagrada" (p. 44).

3.- Llevar a Cristo en los brazos

La pasión por Jesús nos lleva a tomarlo entre los brazos para presentarlo al mundo. Jesús quiere estar en nuestros brazos, como estuvo en los del anciano Simeón. Cristo quiere estar presente en nuestro mundo y nos necesita para ello. Como Simeón, tenemos que gritar que Él es la luz para alumbrar a todos; como Ana, tenemos que hablar a todos de ese Niño. Las candelas que hemos portado en las manos son un símbolo de Jesucristo, a quien queremos llevar a todos, para que su luz alumbre su vida, como lo hace con la nuestra.

Quien se ha dejado encontrar por Cristo no puede callar, tiene que transmitir a todos el gozo de haber hallado al Salvador. Nuestra vida debe rezumar la alegría del encuentro. El Papa pide a los consagrados que "vivan la alegría de la consagración. Los jóvenes ven eso y se lanzan. Es la fuerza de la vocación lo que ven (...) El testimonio de una alegre consagración es importante. No hace falta nada más. Esta es la mejor propaganda" (La fuerza de la vocación, p. 69).

Hemos de ofrecerlo a todos, como María, que lleva también al Niño entre sus brazos. La Virgen de la Candelaria nos enseña a tomar a Cristo entre los brazos para llevarlo al templo que es el corazón de cada hombre. A ella le pedimos que nos enseñe a actualizar cada día el encuentro con Jesús y a llevarlo a los hombres.